

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL HERO DE CUAUTLA

JOSÉ MARÍA MORELOS



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
CUARTA SERIE.— LA INDEPENDENCIA

EL HÉROE DE CUANTLA
JOSÉ MARÍA MORELOS

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos — Primera del Relox, 1

1900

**Propiedad exclusiva de los se-
ñores Maucci Hermanos.**



El Héroe de Cuantla



¡Había muerto el padre de la Independencia; la patria estaba consternada y se envolvía en un manto de luto! ¿Qué iba á ser del pueblo mexicano? ¿Ya no surgirían otros mártires?

¡Surgió como un sol de libertad y de Redención, el inmenso Morelos!

En mi anterior narración, amados lectorcitos míos, os he descrito como después de trescientos años de ignominiosa esclavitud, los descendientes de los antiguos *méxica*, los hijos de aquellos hé-

roes, cuyas hazañas os he relatado también, á la voz del venerable cura don Miguel Hidalgo y Costilla, se levantaron llenos de patriotismo para romper las cadenas que tan largo tiempo los tuvieron sujetos.

Habéis asistido al sacrificio del venerable anciano y de sus compañeros que dieron sus preciosas vidas para redimir á esta nuestra querida patria; voy á presentar ahora ante vuestros ojos las maravillosas hazañas de un hombre, que debe ocupar en vuestro tierno corazón un lugar preferente y á quien desde niños, desde la tierna edad en que os encontráis y en que se forman los nobles y generosos sentimientos debéis amar y bendecir. Su nombre es José María Morelos.

Era, como Hidalgo, un humilde cura, entusiasmado con la santa idea de la independencia dejó todas las comodidades de su vida para luchar por aquella noble causa, tal vez su nombre haya llegado ya á vuestros oídos; grabadlo, queridos niños en vuestro corazón y respetadlo siempre, porque fué un héroe y un mártir.

Después de que Hidalgo, como os he referido anteriormente, fué fusilado en Chihuahua, el cura Morelos que era el jefe de más prestigio, es decir, el más conocido entre los que defendían la independencia tomó el mando supremo y alentado por

su fe, recibió de aquellos genios que velaban por la prosperidad del Anahuac la misión de redimir á nuestra patria del yugo de los blancos.

Desde el año de 1811 empezó la larga serie de sus proezas, es decir, de sus hazañas ó combates gloriosos.

A todos vosotros, queridos niños, os entusiasma ver á un general valiente, que gana muchas batallas, que sale victorioso, triunfador, como aquel Moctezuma Ilhincamina que con su tremenda macana mataba tantos enemigos: así fué el gran Morelos.

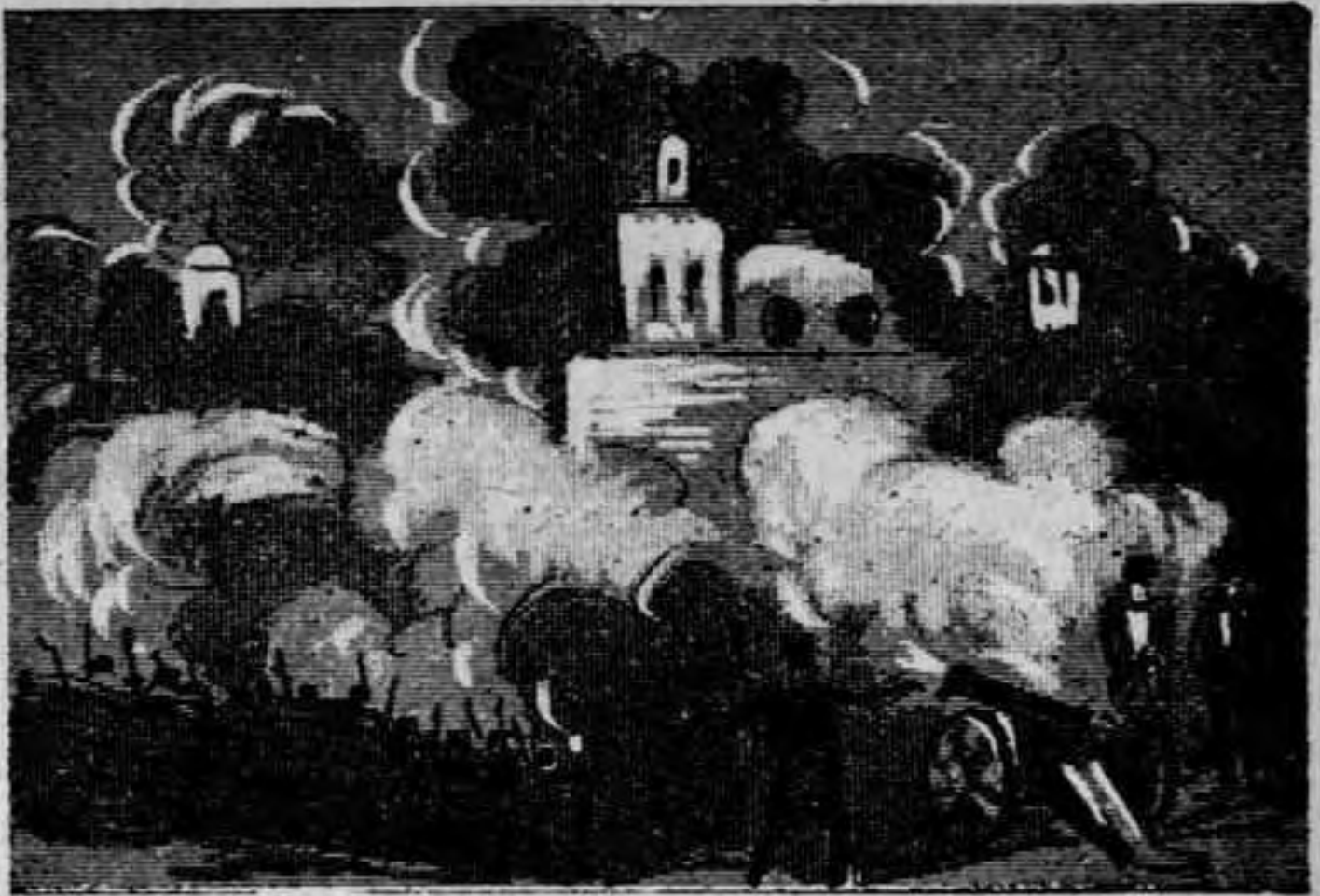
En su tiempo, amiguitos míos, las armas que se usaban eran fusiles de chispa, lanzas, y machetes; la gente del campo traía palos y hondas con las que arrojaban piedras á grandes distancias.

Morelos, que ya tenía el grado de general, llamaba ya la atención del gobierno español que dispuso perseguirlo sin descanso con el fin de hacerlo prisionero para quitar á México el único jefe que por entonces sostenía con más brillo la causa de la Independencia.

Pero el astuto y valiente cura salía vencedor en todos los combates que contra él empeñaban los españoles. Al fin, lograron estos encerrarlo en una

pequeña población que está situada al Sur de la capital y que se llama Cuantla.

Uno de los más aguerridos, es decir, de los más hábiles y mejores generales españoles, el



cruel y sanguinario don Félix María Calleja, el mismo que venció al cura Hidalgo en la famosa y memorable batalla del puente de Calderón, fué

mandado por el virrey de la Nueva España contra el cura Morelos.

Llevaba Calleja cerca de doce mil soldados bien armados y con bastante artillería, es decir, muchos cañones para poner sitio á la plaza.

El jefe mexicano con tres mil valientes y resueltos esperó á su enemigo.

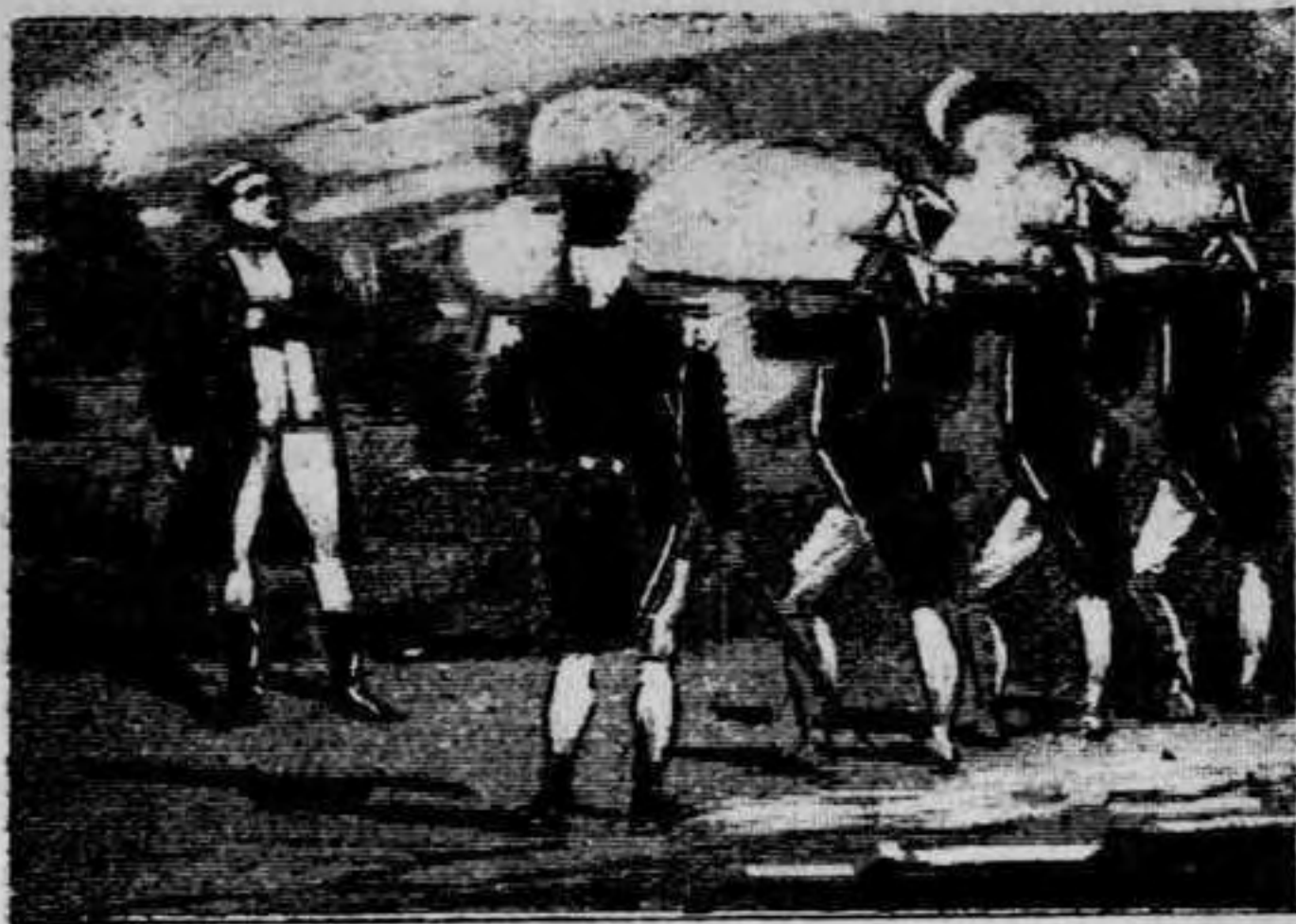
La ciudad de Cuantla, lectores míos, no es una plaza fuerte ni lo era tampoco en aquel tiempo; pero los independientes (este nombre se daba á los que defendían á México contra los españoles) habian improvisado trincheras, abierto anchos fosos y preparado aquel lugar para defenderse tenazmente contra las tropas del virrey.

Diariamente tenían lugar horribos combates en que siempre eran rechazados los soldados españoles por los valientes mexicanos que peleaban con valor y esfuerzo de leones en defensa de su patria, impulsados por el patriotismo y el ejemplo de su jefe, del valeroso cura Morelos.

Después de muchos días de sitio los víveres empezaron á escasear, es decir, los alimentos necesarios é indispensables para que el hombre viva, como el pan, la carne, el maiz y otros.

Como si esto no fuera bastante, el cruel Calleja, viendo que ni aún así podía vencer á aquel puñado de héroes que en todos los combates re-

chazaban á sus tropas, mandó cortar las cañerías que surtian de agua á la ciudad y entonces los



bravos soldados que la defendían y los habitantes de ella empezaron á sufrir además de los horrores

del hambre, los inauditos tormentos de la sed.

Hubierais visto, amiguitos míos á aquellos nobles y valientes hombres conducidos por su jefe, sin haber tomado más que un miserable alimento y sedientos, acudir al combate, pelear y rechazar á los españoles en todos los asaltos que intentaban contra la plaza.

Al cabo de muchos días en que se hicieron prodigios de valor, el cura Morelos, antes que rendirse y rendir su fuerza, antes que entregarse al enemigo, resolvió romper el sitio y una noche, al frente de sus valientes soldados, extenuados, débiles por el hambre y los sufrimientos de todo género, atravesó las líneas enemigas y salvó á sus tropas de una muerte segura, dejando burlados á los españoles y al sanguinario Calleja.

Ese sitio de Cuantla que en breves líneas os acabo de referir, es uno de los más gloriosos y notables que ha habido en el mundo y ha hecho grande, inmortal al cura Morelos.

Este jefe se dirigió entonces al Sur de la República y continuó en esos lugares la serie de sus hazañas.

Después de haber obtenido innumerables triunfos contra las fuerzas ó ejércitos españoles, hizo México en la ciudad de Chilpancingo, que es hoy, que se reuniera el primer Congreso que hubo en

la capital del Estado de Guerrero, el año de 1813.

Un congreso, lectorcitos míos, es una reunión de hombres que representan al país. El que reunió el cura Morelos dió á luz la solemne declaración de la Independencia de México, levantando una acta que firmaron todos sus miembros.

Muchos y muy grandes fueron los hechos con que ilustró su vida el hombre inmortal cuyas hazañas brevemente os estoy narrando; muchas sus acciones heroicas siempre inspiradas en el santo amor, de la patria y en el bien de sus conciudadanos. Más tarde, cuando seáis hombres, en otros libros más extensos que este, leeréis todas sus campañas, sus proezas y sus victorias, entretanto amiguitos míos, aprended como antes os dije, á respetar su nombre y bendecir su memoria que es sacrosanta para todos los buenos mexicanos.

Muchos compañeros tuvo el cura Morelos en sus grandes empresas y entre ellos debo citaros ó haceros mención del venerable cura Matamoros que murió fusilado por haber defendido en cien combates la causa de la independencia; de los hermanos Galeana y de los Bravo. La vida de estos hombres y su heroica muerte debe ser para vosotros un ejemplo y un estímulo.

Mas llegó el tiempo en que el héroe de tantas batallas debía convertirse en mártir de la santa causa que defendía.

Odiad siempre la traición, amados lectores míos, porque es uno de los sentimientos más bajos, más innobles y miserables que pueden albergarse en el corazón humano.

Aquel guerrero invencible que había paseado sus armas victoriosas por la mayor parte del territorio que entonces se llamaba Nueva España; aquel humilde cura que había vencido en todos los combates, á los mejores generales españoles, fué víctima de ella.

Reunió como os dije el primer Congreso en Chilpancingo, expidió en Apatzingan la primera Constitución, que hubo en la Republica Mexicana el año de 1814; sitió y tomó importantísimas ciudades y era tal el terror que su nombre llegó á inspirar á los ejércitos realistas ó sea á los españoles que combatían contra la independencia, que alguna vez se desbandaron al oír á los independientes gritar: ¡Aquí está el gran Morelos! ¡Viva el gran Morelos!

Un sargento que había servido á sus órdenes
un miserable cuyo nombre debéis execrar y mal-



decir, Matias Carranco, después de un combate
sangriento en que sus fuerzas se habían desban-

dado, cuando el guerrero procuraba escapar á la persecución de sus enemigos, lo señaló á estos, entregándolo infamemente.

Aprehendido por el coronel español don Manuel Concha fué traído á México y encerrado en las cárceles de la Inquisición.

¡Oh, que alegría para el Gobierno español! que alivio para el pueblo, para los amantes de la independencia!

Grandes, grandísimos fueron los sufrimientos porque atravesó el héroe durante los días que transcurrieron entre su prisión y su muerte.

Condenado primeramente á la degradación por los tribunales eclesiásticos, fué después sujeto al juicio de las autoridades militares.

Se le hicieron los cargos más odiosos á los que contestó con noble entereza y sin igual valor, tratando á sus jueces con el mayor desdén.

Encerrado en una jaula lo pusieron á la expectación pública, donde una muchedumbre infame, azuzada, es decir, aconsejada por los españoles lo llenaba de injurias. Morelos soportó con altivez y heroísmo todos los ultrajes y su firmeza no se desmintió un solo instante.

Concluido al fin el odioso proceso á que se le había sujetado por las autoridades españolas, el grande hombre cuya gloriosa vida, amados lector-citos, os he narrado brevemente en estas páginas, fué condenado á sufrir la pena de muerte, por el delito de haber querido libertar á su patria del yugo extranjero.



El héroe mexicano, la misma grandeza de alma que había manifestado en los combates, asumió la responsabilidad de todos sus actos y jamás decayó su entereza.

Siempre manifestó fe ciega y profunda confianza en los destinos que á su patria estaban reservados y en el triunfo de la santa causa que tanta bizarría sostuviera en los campos de batalla, y cuando se le notificó la sentencia inicua la escuchó con tanta serenidad que se atrajo el respeto

y la veneración de todos los que presenciaron el acto.

*
* *

Existe á pocas leguas de esta capital un pueblecillo pintoresco, de aspecto poético y triste, que pertenece al Estado de México y se llama San Cristóbal Ecatepec.

A él fué conducido el venerable cura don José María Morelos, y el día 22 de Diciembre del año de 1815 cayó en aquel lugar atravesado por las balas españolas, el héroe de tantos combates, el rayo de la guerra, cuyo solo nombre infundió por largo tiempo el terror y el espanto entre sus enemigos.

Conservad, amiguitos míos en vuestra infantil memoria esta sencilla narración y mucho cariño para el mártir de Ecatepec, uno de los padres de la independencia mexicana.



Refiere la leyenda que poco después del sacrificio del glorioso adalid de la causa mexicana, tembló la tierra estremecida como si también ella experimentara suprema indignación. Desbordáronse las aguas del lago y fueron á lavar la sangre bendita del mártir.

FIN